MANUEL ALVAR

EN INDIAS PEREGRINO

colección san borondón

Obra poética de *MANUEL ALVAR*

Dolor de ser sangre. Zaragoza, 1949.

Sonetos de las ausencias. Málaga, 1966.

Mensaje a Cecilia Metela. Málaga, 1966.

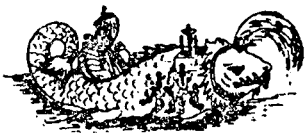
Sonetos a cuatro viejas ciudades de España. Granada. 1970.

La ciudad es ya cuerpo. São Paulo, 1970.

Para Maurice,

con la devoción de

colección san borondón



Dirigida por
MANUEL HERNÁNDEZ SUÁREZ

El Museo Canario
Incorporado al C. S. I. C.
Doctor Chil, 33
Las Palmas de Gran Canaria

Reservados todos los derechos
Copyright by Manuel Alvar, 1970

Depósito Legal G. C., 233-1970
Lit. Saavedra-La Naval, 225/227-Las Palmas

MANUEL ALVAR

EN INDIAS PEREGRINO

NOTA PRELIMINAR DE
VENTURA DORESTE

colección san borondón

NOTA PRELIMINAR

Manuel Alvar (1923) ha sido catedrático en la Universidad de Granada y lo es ahora en la de Madrid. Alvar se destaca como uno de los primeros filólogos españoles, por la extensión y profundidad de su saber, por sus excepcionales dotes de maestro y por el número de sus libros y ensayos. Al conjunto de sus publicaciones, que reseñó Antonio Quilis en 1964, es menester añadir —desde entonces— otros muchos títulos importantes. Y aun cuando casi todas sus obras están dirigidas a especialistas en la materia —el idioma español—, también Alvar tiene trabajos de crítica literaria, como La poesía de Delmira Agustini *(1958),* Acercamientos a la poesía de Unamuno *(1964),* Unamuno y el paisaje de España *(1966), o* Técnica cinematográfica en la novela española de hoy *(1968). Asimismo, en* Variedad y unidad del español *(1969), pueden hallarse perfectos ensayos que interesarán a los no especialistas. Pues al saber filológico, científico, une Alvar una sensibilidad de primer orden, una no común capacidad de intuición y reflexión para adentrarse en la obra artística y formular sobre ella valiosos juicios. Posee Manuel Alvar una de las prosas más vigiladas y pulcras entre las que se escriben por pro-*

fesores en nuestro tiempo; la abundancia de datos aparece siempre articulada, con garbo y precisión, dentro de una teoría personal. Hemos tenido la fortuna de que haya Alvar consagrado no pocos años al estudio de la peculiaridad idiomática en las Islas Canarias, como lo demuestran El español hablado en Tenerife *(1959) y varias monografías, algunas de las cuales se hallan compiladas en los* Estudios Canarios, I *(1968), y ya se anuncia la publicación del volumen II de éstos. Añádase el enorme* Atlas lingüístico y etnográfico de las Islas Canarias (ALECan), *en el que viene trabajando desde hace mucho.*

A esa doble vertiente de especialización lingüística y de crítica literaria —sabiduría, reflexión, estilo y autoridad— hay que sumar la pura actividad poética. En 1949 publicó Alvar su inicial libro de versos, Dolor de ser sangre; *en 1966,* Mensaje a Cecilia Metela *y* Sonetos de las ausencias*; en 1970,* Sonetos a cuatro viejas ciudades de España *y* La ciudad es ya cuerpo. *Ahora, esta colección insular ofrece* En Indias peregrino. *No crean ciertos espíritus que es la de Alvar poesía de filólogo, obra de divertimiento; se trata, al contrario, de poesía entrañada y entrañable; pueden y deben leerse todas esas composiciones sin tener en cuenta la actividad fundamental del poeta. Se hallará en sus libros verdadera poesía, aunque a veces (claro está) transluzca en ellos el filólogo. No es una lírica como la del muy respetado don Marcelino Menéndez, la cual, aunque brotara de íntimos manantiales, nos ha sabido siempre a poesía en extremo literaria, li-*

bresca, a pesar de que don Juan Valera se empeñó en demostrar su límpida autenticidad. La poesía de Manuel Alvar tiene gran valor per se, *como lo tiene la de Dámaso Alonso; basta leer, para advertirlo, éste y los otros volúmenes de Alvar. Diríamos que, en muchas de sus composiciones, hay un parentesco con la poesía de Unamuno, bien que en Alvar se observe una mayor atención a la sensualidad y armonía de la palabra. Alvar es un poeta religioso —no confesional—, ya cante sus relaciones con lo divino, ya se exalte con la presencia del amor humano o se* apenumbre *con su ausencia. El sentimiento de solidaridad —en la soledad y lejanía— le lleva también a la protesta, a la rebelión, pero no en nombre de una determinada doctrina política. Poesía profunda la suya, por lo general, y vinculada a sus circunstancias personales y sociales. Hemos dicho que Alvar trata de lo divino y de la amada ausente o presente, de viejas ciudades españolas, de Cecilia Metela: siempre de melancolías. Trata asimismo del idioma español, vocación y profesión del poeta. En este volumen de ahora,* En Indias peregrino, *hay muy bellos poemas —tales* Hablar pura Castilla *o* Castillanxotchitl— *que están en conexión con algunos estudios lingüísticos de Alvar, como advertirá quien haya leído* Variedad y unidad del español. *Indias zapotecas. Rosas de Castilla.*

El amor al idioma es esencial en el poeta. Alvar estudia la lengua científicamente; y cuando la escribe, en prosa y en verso, la pule con morosidad buscando armonía, perfección. Así en su obra lírica se encon-

trarán piezas ejemplares para el análisis estilístico. "Inútil ala al volar", se dice en un poema, y descubrimos que el sabio empleo de laterales potencia y realiza la significación del verso; o el de vibrantes en "Como el turbión que la raíz arranca", endecasílabo perteneciente a otro poema. Mas lo que sobre todo importa es el ímpetu y calidad de la poesía alvariana, expresada articuladamente —forma y sustancia— en cada una de las composiciones. Poeta religioso; trémulo siempre, aun en los poemas más trabajados. Poeta de la pasión amorosa, o, lo que es lo mismo, de su total experiencia. "Porque el poder purificador de la forma ha elevado la experiencia desde lo íntimo hasta lo universal, desde lo que se dio una sola vez hasta lo que se da siempre, desde lo real hasta lo válido." Son éstas palabras de Pfeiffer en el castellano de Margit Frenk de Alatorre. Se notará, en suma, que la obra poética de Manuel Alvar condice con ese pensamiento, desde los primeros libros hasta los últimos.

VENTURA DORESTE

Al español en Indias peregrino.

GABRIEL DE MINAYA (Tunja, siglo XVI)

SAN BORONDÓN

Un largo sueño de espera
y el ensueño se logró:
sólo sobre tierra incierta
es segura la ilusión.

Alas de brisa y de luna
ayudan a la evasión;
paraísos sin consuelo,
sueños en el sueño son.

¿Dónde la esperanza empieza?
¿Dónde la fe terminó?
(Los ojos miran al sesgo
por no dañarse al resol.)

Para amarguras del alma,
ínsulas de desamor;
para deseos frustrados,
inútil toda canción.

Con anhelo y sin sosiego,
caminé de sol a sol:
ascuas de cales y arenas
llagaron mi desazón.

Desnortado, mis senderos
aumentaron el error:
perdido en mí mismo, he vuelto
a andar mi tribulación.

Lejos de toda esperanza,
en vano te busco yo,
¿en qué rumbos te me ocultas,
isla de San Borondón?

Si el alma seca granara
frutos de dulce sazón,
caminos del mar avante
fuera mi navegación.

Pero no hay sueño en los mares,
ni en los aires evasión.
(En su tahona la bestia,
ciega marcha alrededor.)

Tanto buscar por los mapas,
mi fe con la esquina dio,
y la rosa de los vientos
marchita se deshojó.

I

HABLAR PURA CASTILLA

I

Con la voz de Castilla abrí mis ojos
y me entraron al alma
paisajes ya entrañados:
en mi pecho voltean convertidos
en mil manos de amor,
en mil labios calientes.
Hechos voces, los hombres penetraron,
todas las castas que en las noches turbias
en júbilos florecen o en tristezas.

Lengua de amor, de fuego y de esperanza,
para llamar las cosas con su nombre preciso
—el pan es pan
y el vino, vino—,
para los claros rezos
y las negras blasfemias.
Lengua del *no*,
de la pasión,
del odio;
lengua del hambre,
del dolor,
del asco.

Lengua mía en las manos que aun esperan
y en los puños hostiles;
en los ojos que rezan
y en la mirada que ni en Dios confía,
sólo tú nos acercas,
sólo contigo llegará algún día
la redención que niegan a los hombres.

II

¡Cuántos siglos te hicieron el camino
que el hombre abría para huir del suelo
o las alas ligeras
que vuelan a la patria redimida!
Recién nacida al llanto,
fuiste un gemido para hablar al cielo,
dulce temblor en lágrimas vertido,
ascua de fuego que brotó del pecho
y en los labios cuajó en luz ardiente.
(Llamarada en la hoguera que llamamos
Juan y Teresa, Garcilaso y Lope,
conquistador y nauta:
palabra de granito o de susurros
para ahondar en el dolor del hombre
o ascender a las brasas de los astros.)

III

Yo te he escuchado al pie del Aconcagua
convertida en un hilo que enhebrara silencios;

y en las tierras perdidas para siempre
donde tus sones caen
como amargos redobles de protesta.
Yo te he escuchado en la sabana triste
y en las terribles punas
donde es vivir un bíblico castigo;
yo te he escuchado —palmeral y césped—
en las ruinas de Antigua
y en el color hiriente de tiangues y mercados.

Yo te he escuchado en labios españoles
para quienes la patria es el destierro
—ghetos en los Balcanes,
albeado mellah junto a tus playas—.

Te he escuchado en la gloria de los cóndores
y en la nave que se hunde ya sin mástil.

IV

Un día en Mitla,
las indias zapotecas me bautizaron tuyo.
Asfixiaba el calor y había un niño
de ojos enormes de venado nuevo.
Yo era castilla;
pura castilla platicaban ellas.
Castilla celestial que entre las ruinas
en flores luminosas florecía.
En aquella frontera de Oaxaca,
tú eras la Extremadura
que Dios concede sólo a sus amados.

V

Tú eres mi patria,
madre siempre joven,
con regazo tranquilo para el hijo
que vuelve herido
de hilar y deshilar sus soledades.
Por ti son patria
la nube fugitiva o el mar abierto,
sabanas y manglares,
el machete en la selva,
la salitrera,
el maguey hecho pulque,
la milpa tierna
o la nieve infinita
y el volcán.
En el hielo y las ascuas han nacido mis patrias:
un ancho corazón de ternura embargado,
una fe sin linderos
y un amor sin nostalgias.

VI

Por ti, el silencio es un tritón sonoro
y se llena de augustas resonancias
la palabra quebrada en un susurro.
Por ti, mi voz son los terrores negros
que siente el niño
cuando a solas se escucha
(cascarones vacíos sus palabras
en tanto que la madre

no los llena de cálidos sentidos).
Por ti, la soledad
son los canes rabiosos
que no logran morderme los talones,
pues los rechazas con tu gesto airado,
mientras siento en mis plantas la caricia
de un ancho mundo, pero nunca ajeno.

VOZ DE DIOS EN EL MAR DE SANTA BÁRBARA

Muchas veces lo oímos de tus labios:
—"Un día todo pasa
(¡Señor, la nieve blanca y el verdor de las eras!),
sólo dura en la nada
la eternidad del Verbo".
Sí, Señor, la palabra,
la tuya, tu palabra...
Ella sola nos salva cuando la angustia cerca:
en el vacío denso de nuestra noche larga,
tu palabra rompiéndose en las sombras,
tu palabra surgiendo del sueño de la nada,
recuerdo emocionado
que va a la eternidad de tus moradas.

(Tu palabra en el vientre de la madre,
y siempre tu palabra.
En la presencia oscura de los muertos,
y siempre tu palabra.)

Cuando nada me liga con la vida,
te recuerdo en las notas acordadas:
Tú estás en el rumor del mar abierto,
en el trino del ave y en la brisa delgada,
en las algas que gimen y sollozan
si las pisan mis plantas.

Tu voz habla en las cosas,
con tu voz las cosas hablan.
Cuando el silencio el corazón habita,
la nada es su presencia solitaria.
No más silencio, ni heridor vacío
—¡palabras tuyas, narrador por palabras!—.
Líbranos de la noche
con su recia carga
de los párpados negros como sótanos,
y de lunas que hieren con sus dagas.

Líbranos del silencio
sin peso en las espaldas,
pero que oprime como oruga al muerto
si lo echamos al cuévano del alma.

Nunca, Señor, a solas el silencio.

Nunca, ¡no!,
la presencia insobornable de la nada.

Cuando envíes la muerte a mis veredas,
traiga el eco de dulces remembranzas
y no los borbotones del silencio
que ocultos tras los árboles amagan.

Traiga, Señor, tu voz y tus lamentos,
tus palabras blandidas como espadas,
tus palabras macizas para asirme,
mientras cae en la nada
el último temblor de mi agonía
y se pierde en los ecos mi voz apasionada.

EN LAS INDIAS DEL AMOR

En muchos tiempos vivimos
y en muchos tiempos amamos:
¿quién pudo decir que el hombre
era un potro apihuelado?

Tengo largas experiencias
en que viví sin descanso
noches de dulces amores,
días de dolor y espanto.

¿Dónde mis recuerdos posan
que me acuden sin trabajo
a sacudir esta vida
vivida en tiempos pasados?

¿Qué selvas y qué fronteras
han lastimado mis pasos,
que van mis pies con deshuellos
de brechas que no he pisado?

¿Qué cuerpos amé yo un día
que me saben tan amargos
incrustados en mis sueños
y evadidos de mis manos?

Noches de suaves temblores
o días de soles agrios
viven en este momento
en mis posos más cercanos.

Tengo en mis labios ceniza
de tizones apagados:
amores que no viví
a hierro marcan mi flanco.

Tengo lágrimas que escaldan
por los caminos del llanto;
en mí sollozan los otros:
por ellos estoy llorando.

He vivido en otros hombres
y vivo en mundos contrarios:
indecisa aguja gira
en mi vivir desnortado.

Amores que no son míos
me sacuden a trallazos
y otros que he tenido cerca
dan amargor a mis labios.

Vivir en tiempos plurales
para morir a lo largo;
amor en tiempos distintos
para morir a lo ancho.

Amar y vivir sin tino.
Hombre soy y nada extraño.
Ser hombre y haberlo sido
a buen precio lo pagamos.

Cada quien va por la vida
como un cristo ensangrentado.

TEULES

La tierra le iba entrando por las venas,
por la respiración
y por los ojos.

El corazón latía en arenales,
en polvo resollaban los pulmones
y en motas se prendían las miradas.

Era una enfermedad llamada tierra.

Tierra era el campo de maíz sembrado;
tierra, el volcán con pechos de doncella;
tierra, el hombre curtido por los soles.

Todo era tierra: dolorida tierra,
mullida tierra en la sazón del año,
tierra alzada en un gesto sin espera.

(Sí. Lo hicieron del barro de la tierra.)

Huyó de la dolencia que le hería.
Pasó como riada sin orillas,
como huracán de besos ululantes.

Y, también, como llama deicida.

Pero la tierra ha de morir de tierra.
No se retira para hacerse limo,
ni se fatiga para hacerse duna.

Ni se consume en vágulas pavesas.

La tierra llama sin gritar sus voces,
sin usar como trompa el árbol seco
y sin manos que ahoguen sobre el cuello.

Un día el vencedor olvida todo:
clava su corazón en la estacada
y espera que los vientos lo conviertan
en un parche sonoro.

CASAS DESDE EL ANAHUACALI

Eran mares de lava:
manos agarrotadas por no soltar la tierra,
dentelladas de fieras prendidas a su caza
o impotente blasfemia.

Los ríos de metales, de llamas y de fango
fueron antes que el hombre,
cuando el hombre vivía
y tras morir el hombre.
Los dioses —tan distantes— insinuaron un gesto
que los hombres no entienden
(la ceja que se arquea,
la barba que se yergue,
el dedo levantado):
de improviso, la noche inesperada,
tempestades de encono, odios como tormentas.
Y el silencio.

Nadie supo si el paso hundió sus huellas,
si el aire fue un molde para guardar los gestos
o la tierra era un cuerpo fundido a otro cuerpo.
Nadie supo del hombre a matar con la tierra,
ni de la mujer puesta a parir con la tierra,
ni del niño con juncos hurgando las entrañas de la tierra.
Todo, un silencio.

Los dioses impasibles desdeñaban al hombre:
ni el dolor, ni el amor, ni la blasfemia
lograban alcanzarles.
¿Para qué hacer cambiar cualquier designio,
si desde arriba el hombre
apenas si se mueve,
si su voz no perturba la soledad augusta
o sus puños cerrados no proyectan ni sombra?
Dioses inescrutables.

Pero la lava un día también muere.
Vuelven las flores,
los pájaros dibujan estelas invisibles
y se anuncia de nuevo la llegada del hombre.
Sobre el silencio se levantó la casa
—blancos, rosas, azules—,
el varón se inclinó sobre los duros hoyos,
las flores de la vida se abrieron en la esposa
y educó el niño al trino de las aves.
Otra vez era el hombre.
Más eterno que el fuego,
más duradero que la lava estéril,
más pertinaz amando que en su rencor los dioses.

CAXTILLANXOTCHITL

El aire estaba enhebrado
en las pungentes espinas:
copo en lo alto de una rueca
que dedos ocultos hilan.

Prodigio aún no desatado,
negación de toda prisa;
conato de sombra enhiesta
que de las púas se libra.

¡Qué temblor de aire cuajado!
¡Qué incertidumbre solícita!
¡Qué sorpresas clausuradas
que a la claridad invitan!

Nunca el ojo se posó
sobre más exacta cifra,
ni se encontró limitado
por ecuación más precisa.

Rigores de exactitud
cuajaron sangre evadida;
rojos que no se derraman,
a la concreción incitan.

La belleza sin reproche
eternidad solicita;
hermosura no besada,
que hacia la muerte camina.

Jamás la planta crujió
tan intacta maravilla;
jamás los dedos del hombre
tocaron telas más vivas.

En el cielo transparente,
sensual y tierno se abría
el trémolo —ya— perfecto
de unas rosas de Castilla.

BOSQUE DE CHAPULTEPEC

Apenas en su rama,
aún temblaba la hoja.
Verdemar confundido
en inquietas zozobras.

¿Dónde los peces ciegos
y las algas viscosas?
¿Dónde el susto rasgado
entre fauces de rocas?

Los fondos abisales
voltearon sus lomas:
en el sol y en las nubes,
el eco de las cosas.

Entre el cielo y las aguas,
el árbol se acongoja.
Evasión fugitiva,
recta que se desploma.

La hoja aún temblaba
incierta en su congoja:
remontarse a los altos
o anegarse en las sombras.

La hoja, sin saberlo,
su desazón razona.
¡No ser gozo en el ave,
ni quietud en las ondas!

Sobre el haz tembloroso
muerte amarga se posa
y el amarillo al verde
de su sazón despoja.

Al caer aún temblaba
en su inquietud la fronda.
¿Dónde las sendas marchan?
¿La hoja?

¿Un alma a solas?

JANITZIO

Tampoco estabas cerca de mis ecos.
Yo, como siempre, solo en el camino.
Sendas trilladas por mis propias plantas
me llevaron a pasos repetidos.

Entre gentes ajenas y distantes,
celaba el día sus postreros brillos,
y tú, perdida en el hondón del alma,
más allá de las voces o del calor del grito.

El rosicler entraba por mi sangre
y era un largo sollozo de ternura y de frío:
en mis pies los guijarros se clavaban
y yo sentía como un tacto amigo;
tantas manos tendidas a mis manos
y la misma impotencia con ropajes distintos;
en los ojos lechosos de aquel ciego,
la mirada angustiosa de otro Cristo.

Te buscaba en la gloria de la tarde
y en la miseria de los seres vivos.
Volvía a mí deshecho de quererte
y en mi carne el dolor de otros suplicios.

En la isla perdida estabas cerca
y te pude encontrar en los ojos de un niño.

ATARDECER EN PUEBLA DE LOS ÁNGELES

El sol era un oro viejo,
casi a punto de robín;
castañar que en su reflejo
deshoja otoños sin fin.

Cada torre, una voluta
que entre cirros se deshace:
surtidor de piedra enjuta,
ave que en el aire nace.

Aquí sus pasos perdieron
otros que por mí pisaron:
en muchos tiempos vivieron
y en pocos tiempos ganaron.

Al voltear una esquina
la vida se hace real:
duerme en las piedras Cetina
silencios de madrigal.

Otro sentido a la vida:
me la juego a cara o cruz.
Quiero cerrar la partida,
antes que muera la luz.

Ya el cielo apaga sus brasas,
la luna quiere salir;
los perfiles de las casas
se cuadran para morir.

Con la noche acaba el gozo
y me tiembla un calofrío:
tápame con tu rebozo,
porque me muero de frío.

CANCIÓN DE PLAYA AZUL

Pelícanos huídos
recortaban las uves
con picos sin graznidos.

Como fauces cerradas,
apresaban las nubes
las hojas de las palmas.

La sombra del jacal,
densa, desperezaba
cañas del tejaván.

Valvas sin caracolas
enmudecidas van
llevadas por las olas.

Todo un denso silencio
mientras pasan las horas
espesas como el tedio.

Sólo en mí suena un canto.
¿Tu voz arde en mi seno?
Acaso.

A UNA ÁNFORA GRIEGA ENCONTRADA EN MÉJICO

Desde calas de sueños a esta altura,
fuiste por siglos sombra itinerante,
y ahora te encuentro seca y acezante,
vivo espejo de mi íntima andadura.

Truncada estás, pero tu talle dura:
una noche —milagro caminante—
resurgiste en la arena más distante
—prodigio en ocres— de tu sombra oscura.

¿Quién te pudo salvar en esta tierra,
depurar tu perfil que al aire encierra,
tender tu cuerpo en una mano mía?

El alma que yo arrastro, en su porfía,
anclada en otros mares, aún se aferra
a renacer en éstos algún día.

ORACIÓN POR LOS INDIOS DE BOGOTÁ

Te he pedido, Señor, cada mañana
por las dulces cosas donde mis ojos quedan,
por las caricias que mis manos logran,
por la piel oprimida bajo el peso caliente de mis labios.
Te pedí cada día
por las dulces cosas
quebradas
como vidrios
sobre la carne abierta de mis voces,
por su recuerdo
que de tiemblos llena.

Pero hoy quisiera hablarte,
Señor,
de criaturas tuyas,
decirte de una vez
que he sentido rencores
y ascos
y odios,
y que mi puesto estaba
con la gente a racimos,
con la gente que ignora
que el mundo muere a dólares,

con la gente que ignora
que la piedad
es la gran prostituta,
con la gente que ignora
que los cuentan por números
para mentir con ellos
en el retablo de las maravillas.

Acuérdate, Señor,
del niño vivo de hambre,
de la mujer que fuma sus congojas
y del hombre que no es ni planta casi.
Tendidas a lo largo
de casas que a tu gloria se levantan,
las familias he visto
que podían gozar
del mejor de los mundos:
por lecho, el santo suelo,
y el santísimo cielo por techumbre.

¿Quién guardaba su lluvia y su lamento,
sus manos pordioseras
ateridas de frío
o el alma desalmada ya en su cuerpo?
Jardines de esmeraldas
tenían vigilantes
—cierres, pistolas, miedos en los ojos—.
¿Quién guardaba a las gentes nacidas de tu aliento
y que mueren hambrientas
como canes sarnosos?

Y eran seres con vida
que temblaban al roce de mi mano,
que tenían sus ojos
de emociones transidas,
y sus voces repletas
con delgadas palabras.

Hoy quise hablarte de estas cosas tristes,
de tus indios, Señor,
y mi pobre impotencia;
de nosotros, Señor, que todavía
no estamos con tus muertos.
De nosotros que somos
objetos en tus manos,
materia aún no lograda en tu memoria eterna,
piezas de barro
en las que has puesto
el prodigio invisible de tus dedos.

PUERTO RICO

Primer llanto.

Siete eran siete las Islas
—ni una menos, ni una más—
mecidas en siete rayos
que sorben aguas del mar.

Empinadas en sus torres,
velas querían izar.
El que espera desespera
las alas para volar.

Un bando de aves viajeras,
sueña que te soñarás,
y el milagro se llamó
mañanita de San Juan.

Avecicas como en jarcias,
despierta tu despertar,
posaron sobre la tierra
su esperanza de trinar.

Vuelven ahora los sueños,
¿quién no escuchó su cantar?

No salgas, paloma, al campo
mira que te acertarán.

Sin voz en el canto herido,
inútil ala al volar,
buscan rezados de magia
en la noche de San Juan.

Segundo llanto.

Me amarga el guarapo
desde que te oí,
dulce, más que arrope,
sí.

Abrías tus sones.
(¡Ay, moriviví!)
Por oírte todos
—coquí—,
por probarlos todos
—ají—,
me vine hasta aquí.

Viví por oírte
—viví—.
Morí al perderte
—morí—.
(Y, ¡ay, moriviví!)

Me amarga el guarapo
—ají—.

Me amargan las voces
—coquí—.

Me amargan los ojos
por cuanto yo vi,
y el cazabe amarga
de tanto fingir.

(Morivivi.
Morí.
Viví.
¡Vi!).

Tercer llanto.

Cangrejo de soles
y curda de ron,
el gringo babea
sobre el mostrador.

La negra cachonda
menea el fondón
y el aire se enciende
de espeso calor.

Hay blancos vendidos
al mejor postor
y blancos que rabian
en cualquier rincón.

(¿Para qué la lengua,
para qué el clamor,
si han castrado el aire
que lleva la voz?)

Lentejas de lata
compran a Jacob
y se come el cabro
quien no lo estofó.

SED CAMINO DE MACCHU PICCHU

En la tierra machorra de estos montes
escucho galopadas de yeguas fugitivas,
un redoble obsesivo
de cascos ululantes,
un resón que agrietara
las costras más espesas.

Escucho que la sombra despierta en las honduras
donde el volcán calienta sus rescoldos
o el mato estéril
tuerce
sus manos avarientas
o se agolpan los sueños miserables.

Un oscuro terror se eleva de los Andes:
es el odio parido
por el hambre amarilla,
o un palpitar de hocicos sin aliento
o las alas peludas
de un enorme murciélago
que a las luces no surte.

Ángeles en destierro
rabiosos y nostálgicos,

con ladridos aguijan desde el fondo,
y son dioses sangrientos,
babeantes
y sucios
aguzando los odios podridos en el pozo.

Las grietas
suspiran por el césped,
por el agua que el aire
sofocado
transforma en nubes
antes de ver la tierra.

La cima que se asfixia,
abortado su intento de llegar a ser bosque,
arroja contra el aire
la miseria del suelo,
y las grietas estériles sollozan alacranes,
suspiran
por una tibia lágrima
del mar adormecido,
del lento,
del piadoso,
del apacible mar.
Y el llanto de los Andes
es un suspiro amargo,
un borbotón de hieles,
una salada esponja,
donde se sacia
la anhelante lanceta
del escorpión.

CUZCO

Más de verdad Castilla que Castilla:
un silencioso hurgarte la conciencia
y un aguantar los palos con paciencia
para purgar el alma con la trilla.

Ascua de luz que en los sillares brilla,
soles de Salamanca en quintaesencia.
Con oros y fulgor creces la herencia
de tu eterno morir en esta orilla.

¡Campanas de evasión con que me llevas
y a tus aires me arrastras! Yo, vilano,
que en un vuelo de cánticos elevas.

Tengo el cielo al alcance de la mano,
pero en tus piedras viejas y en las nuevas
cambio la gloria por el llanto humano.

FRENTE A ILHA BELA

Para mirarte, una llaga de sal
que va cayendo en las aguas del mar
espesa como el frío.

Para abrazarte, un enhiesto ciprés
que va cayendo adormido a tus pies
como se muere un río.

Para plañirte, palmeras de un son
triste de llantos y el ascua del sol
que marcha hacia las sombras.

Para llamarte ... hace falta sufrir.
¡Ay, Soledad! ¿Quién pondría al morir
las letras que te nombran?

CRISTO EN EL CORÇOVADO

Como un ciclo de vida que acabara,
me acerco a ti cargado de nostalgias,
de zozobras presentes
y, también, de esperanzas.
(En tiempo de verano
cantaba sin descanso la alondra mañanera:
en la besana abierta deshicieron su nido
y ahora tiembla buscando libertades.)

Hoy que siento diez años
mecidos en tus brazos,
se levanta el recuerdo mucho tiempo adormido,
como se yergue un galopar de potros
si fustiga la tralla.
Has despertado el sueño del olvido
para saberme tuyo;
no caí de tu mente, pues me tienes
criatura inmediata en tus designios.

Aquí estoy tanteando en las tinieblas
sin encontrar la luz que de ti irradia.
(Me llagas en los ojos
y me asusta no verte
por mucho que los abro.)

Es largo el corredor donde te busco,
palpando con mis dedos
la aspereza del muro,
los cristales de hielo vertidos a la noche
y el barniz de la puerta, enemigo del tacto.
(¿Dónde tu mano cálida
para cruzar la sombra, atropellada
por el temor oculto en mis latidos?)

Hasta ti me he acercado
en esta sofocante mañana de febrero:
recién ardida en el fondón del alma,
una luz me guiaba
al puerto de tus brazos.

Hoy quisiera varar
en la rada arenosa;
olvidarme bandazos y procelas,
escuchar el susurro de tu pecho en mi oído
y acallar mis deseos en ti mismo.
Sólo entonces sería criatura perfecta,
segura en tu memoria
y arrullada en tu seno.

Dejo en tus plantas
la historia de mis penas,
mis anhelos frustrados
y esta triste experiencia
de quedarme en camino hacia tu diana.
(Un día dije, y el recuerdo ahoga,
que era procesionaria de tus manos:
estoy muriendo ahora
como si hubiera sido pisado entre los pinos.)

Voy hacia ti con pasos inseguros,
por eso siempre este marchar incierto
o el vacío en las manos.
(La vida es la arena de la playa,
juego que entre los dedos se desliza
y el viento arrastra sin alcanzar la tierra.)

Hoy que todo me llena de nostalgias,
quisiera oír tu voz entre mis sombras,
saber que aún existe la esperanza
y que tus manos guían
con su piedad al hombre.

SENHOR DO BONFIM

Tú, Señor, que aprendiste tantas cosas
—la luz del día, el tiemblo de la brisa—
cuando el alba primera e indecisa
teñía todo con tus frescas rosas.

Aprendiste las noches silenciosas,
las estrellas sin pausas y sin prisa;
aprendiste perfiles en la risa
y nostalgia en las tardes misteriosas.

Por todo que aprendiste en cuanto creas,
por cuanto has descubierto y nos ofreces,
por cuanto de nosotros aún deseas,

dale el milagro de tu propio Nombre
a este llanto que sube con mis preces
desde mi incierta soledad de hombre.

DESDE LA OTRA ORILLA

Homenaje a Juan Zorro.

¿Qué naves portuguesas te surcaron
los ojos, anchos mares sin descanso?
(Las naves en tus mares:
un vuelo de gaviotas
y banderas reales.)

Timonel en tus ojos, por las olas
que persiguen tu rada entre las rocas.
(Las olas en tus ojos:
refugio de trahiñas
y alcatraces sin zoco.)

¿Quién pudo navegar tus altos mares,
en el viento apagados los fanales?
(En la orilla, de través,
se han perdido las barcas
que llevaban al rey.)

II

LLEGADA

No. Ángel no.
Latidos desplegados más allá de la vida.
Sin alas, sin membranas, sin rasgadoras plumas.
Norte, la esperanza; amor, señero guía.
Corazón impalpable abriéndose camino
entre bosques de lianas, entre sebas marinas.
Las nubes, allá abajo,
¿son árboles frustrados sin dedos en sus quimas
para frenar las ansias
que te empujan —sutil— hacia un eterno día?
Las nubes, ya sargazos, ya noche oscura del mar,
en su hondón no caminan.

Sajando ya legiones de culebras viscosas,
de ojos monstruosos con las cuencas vacías,
de junglas, aún, vírgenes,
de mares germinales sin hender todavía,
de cielos ya no azules
sino opacos cristales que a las sombras envidian,
sobre selvas de abismos,
más allá del terror y la alegría
tus ansias van bogando.

No luna desnortada. No soledad maldita
flotando sobre noches
o anclada sobre días,
jirón llevado en sombras y en turbiones,
papalote rasgado cuando pierde la liña.
Luna, no.
Empañada de nubes, si camina,
perdida como témpano al garete,
lívidas oquedades de tan frías.
Tierra escapada de mi tierra de hombre
y no cielos ni greda redimida.

Ángel el más ingrávido,
luna —sola tú— nítida,
anhelo sostenido por los astros
mientras la estela de tu paso singlan.
Cielo ya, más que cielo, sinrazón fugitiva
que se evade de leyes y de normas
para hundirse en la sima
de los ojos que anhelan
el fin de la partida
para encontrarte en ellos
—luz abisal, humanizada arcilla,
amor en trance—
otra vez a ti misma.

Te quería como a una mujer tierna y dulce.
Derramabas entre mis horas
dulcísimas soledades,
zumos de corazón, de boca,
de granadas.

El sol clavaba sus picas
en las cumbres más broncas:
la claridad del día,
la siesta espesa y fosca.
Después, el lubricán:
las sombras al acecho y —ya— tan solas.

¿Zumo? ¿Fruta?
Sólo inquietas zozobras.
Una brizna de menta dulce y fría.
¿Dulce, la hoja?
Una brizna de menta
amarga y fría en mi boca.

He subido corriendo a buscarte en mi cuarto:
y sabía que a solas cesaría mi aliento.
¿Por qué en la alcoba oscura no nacerá un milagro?
En diciembre yo he visto florecer los almendros.

Mi soledad te busca por las selvas
donde mis ansias entre aljuma crujen
y venteo tu cuerpo que se evade
cada vez que me acerco hacia tus cumbres.

Como el turbión que la raíz arranca,
voy en tu busca y dejo entre las uces
mi carne en túrdigas, mi sangre en grumos,
sin encontrar la trampa que te encubre.

Entre sombras heridas van mis manos
descuajando las árgomas que surgen,
o rasgadas mis yemas por los tojos
escuecen como ardidas en la lumbre.

Cavando en sombras y sin luz, no veo
vetas ocultas que la ganga encubre
y en galerías donde el aire falta
a gritos busco la salida inútil.

Siempre cercana e imposible siempre
como las aguas que del fondo surten,
sin que llegue la noria a recogerlas
con su opaco chirrido de arcaduces.

Te me cubre la ausencia a mi deseo:
toros en celo en mis tendones mugen
y culebras azules por mis venas
juegan a encadenar mi pesadumbre.

¿Dónde te busco, si te siento cerca?
¿Cómo alcanzarte, si de mí te huyes?
Me duelen las ausencias de tu cuerpo,
siempre apagado, si lo creo luces.

Acezante y cansado de seguirte
sobre un río de pena estoy de bruces:
muero desesperado de esperanzas,
flecha caída por buscar las nubes.

Con ocasos de lunas en poniente,
¡ay amor!, llega el alba a mi garganta,
pesadilla ensoñada
y penumbra insegura
para esta sed que nunca se me sacia.
Con rocío
y escarcha
y leche fría
me sorprende el temblor de la mañana:
carámbanos de día a mis abrazos,
negros recuerdos a mis remembranzas.

¡Ay, amor!
Mis dolores en la aurora
y tu imagen presente a mis fantasmas:
llamita fugitiva que no alcanzo
o beso sorprendido
al filo de tu cara.

En la quietud amamos a las cosas,
no en el sesgo que escapa:
ni el paso solitario
de la apacible larva,

ni la estrella que apenas tiene brillo
ni el aroma
apagado
de la albahaca.
En la quietud amamos a las cosas,
en esta incertidumbre tan amarga,
en el dulce murmullo del silencio
y en la fresca
y reciente madrugada.

Para alumbrar las cosas,
el silencio;
la tristeza que nace
y que no acaba;
la primera noticia que nos hiere
y el barro tierno
que besa las pisadas.

Por las cosas que mueren no nacidas,
por el ave sin cuerpo,
que al canto rinde el alma,
por la nieve
y la bruma,
por el arroyo seco
y por el mar sin algas,
yo desgrano el dolor de mis poemas
y me nacen tan tristes las palabras.

¡Ay, amor!,
y tú sola en mis nostalgias:
en la casa vacía

donde la lluvia llama,
en los dedos macizos de los vientos
y en los temblores
de las sombras malvas.

¡Ay, amor!,
tu recuerdo
cerniéndose en el alma:
luna encendida en el alcor más alto,
espada que a mis gozos amenaza
y blanco mar
surcado de añoranzas.

Y tú sola en el alba vacilante,
mientras sueño
con cálidas estatuas,
y con blancas
y tristes arboledas,
y con el rayo
incierto
de la calma,
y te busco en las sombras
fugitivas y rotas de mis ansias.

Te espero como el surco
recién abierto espera los labios de la lluvia,
como la amelga espera
los granos que volean rociadas fecundas.

Y, también, como al niño
las ropas descubiertas de la cuna.

Amarga ser varón y darse siempre.
(Ola que en el veril salta en espuma
sin alcanzar el iris que refulge
y sin verse lograda en arco nunca.)

He visto, al nacer, el trigo en lleta
—crujiente de tan tierna su verdura—,
he tenido en mis yemas
la púa todavía no hecha púa
del agavanzo de nevadas flores
y del endrino de corteza oscura.
Junto al río con aguas verdeantes
—hayas, robles, encinas, espesura—
la creación cantaba su entusiasmo
ante el anuncio de aquella primavera casi adulta:
solo yo, caminaba fugitivo

ansiando convertir todo en tortura.
Y eras tú la esperanza presentida,
mi tenaz evasión, mi desalada fuga.

Y a vueltas ahora con la vida vuelta,
sigo esperando que se abra la semilla que madura:
aquí estoy al borde del camino,
mientras canta en mi pecho la suave voz oculta
de las plantas que crecen
y el agua que murmura.

Sin levantar aun los naipes,
envido a todas tus cartas,
con mi juego boca arriba
y sin flores la baraja.

Jugador desesperado,
me juego todo por nada;
si me aceptas el rentoy,
perderé hasta la esperanza.

¿Pero qué puede esperar
quien apuesta a una jugada
todo el resto que le queda
porque sus tantos se acaban?

Juego limpio y no fullero
—fuera tahur, fuera marcas—
apuesto ya con la espuela
y envido a todas tus cartas.

En todas quiero perder,
perdido de buena gana;
pero tú, también, te pierdes
aunque me vuelvas la cara.

En los envites de amor,
todos pierden; nadie gana.

¿Amor?
Tu cuerpo blanco
y un rejón de muerte en mi costado.

¿Amor?
Un negro charco
y el jarrete en sangre del caballo.

¿Amor?
Ojos lejanos
y tus sienes rotas en mis manos.

¿Amor?
Dolor amargo
y una flor marchita por penacho.

CANCIÓN TRISTE DEL REENCUENTRO

Hoy me has devuelto la infancia:
can dormido en su rincón,
ha escuchado tu llamada
y ha venido hasta tus manos,
tus manos que lo llamaban.

Estaba muerto en las lajas
el yo que ya no soy yo
y al que tus labios besaban
sin ver el daño que hacían,
el daño con que besaban.

La infancia aletargada
que de pronto despertó
y se encontró con desgana
en una ciudad de nieblas,
de nieblas y aletargada.

Todo era triste en la casa:
la pared del desconchón,
el techo quebrado en rajas
y la claraboya sucia,
sucia en lo alto de la casa.

Tus dedos me acariciaban
y eran como un estilete
que apenas la piel desgarra
y saca la carne viva,
la carne a que acariciaba.

Una tranquila mirada
que me sajaba las niñas
y me secaba las lágrimas
hechas de sal y de sangre,
sangre dulce en tu mirada.

El eco de tu llamada
convirtió la bruma en luces
y en alegría la estancia,
pero crujió —amarga y tierna—
la razón de tu llamada.

Hoy me has devuelto la infancia
contra un cielo transparente,
en el temblor de unas ramas
y en unas voces calientes,
calientes entre las ramas.

Soy hombre deshabitado
porque topé con mi infancia.

¿Eran rosas de Castilla,
claveles, nardos, mosquetas,
jazmines perturbadores,
los sueños ya sin espera?

El alma en su desazón
—mariposa prisionera—
buscaba flores intactas
en no cencidas praderas.
Pero la flor no era flor,
ni las alas, alas eran.

Sombra impalpable en un suelo
de asperones y de arenas,
¿qué néctares y qué sueños
en el trasfondo se quedan?

La punta del alfiler
rasgaba noches inciertas.

Tú eres la luz y el aire que me cercan.
Gracias a ti las cosas cobran vida
más allá de la muerte de las sombras,
o son aroma y no espesas vaharadas
aunque me estés ausente.
Te tengo aquí,
en los libros,
hechos carne sensible en mi costumbre;
en esta soledad de mi trabajo,
mientras queda remota
la ciudad a mis plantas.

Tú eres el cielo
que con dedos amables
se acerca a mi ventana,
los árboles que anuncian el marceo
y los edificios,
humanos casi, cuando en ti los pienso.

(Todo el hastío repetido es grato,
si tu faz se refugia tras las hojas,
o se escuchan tus voces sobre el ruido
o siento tu perfume en mi angustiado aliento.)

Tú eres mi vida en soledad.
Tú eres mi vida en todo que me prende:
la pared albeada,
las letras del tejuelo,
el verde en la pizarra
y la llamada enhiesta por los muros.

(*España, Spain, Espagne.*
Tú eres el río, el monte, la alameda,
los guerreros que cruzan el *Beato*,
la sinagoga Blanca de Toledo
y el bodegón que sabe
a siega y a destajos.
Sí.
Escondida en los tiestos, yo te busco
para darte los nombres más de barro
—búcaro y talla, jarro y alcarraza—,
los nombres que refrescan
el fuego de mis labios.
Tú eres la fuente en bernegal mudada.)

Estoy marcando a fuego
con letras de tu nombre
todas las cosas cuya vida cuenta,
mientras olvido cuanto tú no llamas.
Yo quisiera llevarte en mi costado
para sentirte siempre en mí latiendo,
pero amor es la muerte y la renuncia.

También yo soy de Melibea,
y muero
cada día al subir tus altos muros.

De mar a mar
sin poderte alcanzar.

El mismo azul
y la misma sal;
las mismas nubes
y el mismo vagar;
el mismo estero
al que la ola va.

Todo es lo mismo
en uno y otro mar.

También nosotros
nos vemos igual:
los mismos labios,
el mismo mirar;
las mismas penas
y un mismo cantar;
las mismas letras
sobre el arenal
y la misma voz
de nunca acabar.

Todo es lo mismo
y vuelta a empezar:
sólo es distinta
nuestra soledad.

De mar a mar.

¿Qué soledad de torre sin campana,
sin bronce, sin temblor, sin voz apenas,
te arrastra por la sangre de mis venas
desde la sombra que en mi pecho mana?

Mi sombra solitaria te desgrana
como una espiga de doradas penas:
¡qué turbión en las cosas más serenas
y qué umbría en la luz de la mañana!

La sombra levantada en mi quejido
indecisa te lleva hasta la oscura
desazón de mi nervio dolorido.

Mi sombra y tu latido en mis entrañas
buscando la bahía más segura
al tumulto de noches y espadañas.

Mientras descansa el cielo en los senderos
y el árbol yergue su pereza airosa,
yo te espero en la tarde silenciosa
y en mis sueños sin cauce prisioneros.

Yo te espero en mis pasos volanderos,
en esta desazón que no reposa,
en la sombra que crece misteriosa
mientras vigila Dios en los oteros.

Yo te espero, en el aire, rescatada,
libre de cuerpo y de dolor sombrío:
serenidad a mi alma enajenada.

Cuando muerden el polvo mis mastines
y mis águilas pierden ya su brío,
yo te espero en mis ojos sin confines.

ÍNDICE

PÁGS.

NOTA PRELIMINAR. 9

San Borondón 15

I

Hablar pura Castilla 19
Voz de Dios en el mar de Santa Bárbara 25
En las Indias del amor 27
Teules 31
Casas desde el Anahuacalí 33
Caxtillanxotchitl 35
Bosque de Chapultepec 37
Janitzio 39
Atardecer en Puebla de los Ángeles 41
Canción de Playa Azul 43
A una ánfora griega encontrada en Méjico 45
Oración por los indios de Bogotá 47
Puerto Rico 51
Sed camino de Macchu Picchu 55
Cuzco 57
Frente a Ilha Bela 59
Cristo en el Corcovado 61
Senhor do Bonfim 65
Desde la otra orilla 67

PÁGS.

II

Llegada 71
Te quería como una mujer tierna y dulce 73
He subido corriendo a buscarte en mi cuarto 75
Mi soledad te busca por las selvas 77
Con ocasos de lunas en poniente 79
Te espero como el surco. 83
Sin levantar aún los naipes 85
¿Amor? 87
Canción triste del reencuentro 89
¿Eran rosas de Castilla 91
Tú eres la luz y el aire que me cercan 93
De mar a mar 95
¿Qué soledad de torre sin campana 97
Mientras descansa el cielo en los senderos 99

En Indias peregrino
de Manuel Alvar,
cuya edición consta de
quinientos ejemplares numerados,
se terminó de imprimir en la
Lit. Saavedra
el 18 de agosto de 1970.

LAUS ✝ DEO

Ejemplar Núm.

Cuidó la edición:
MANUEL HERNÁNDEZ SUÁREZ

COLECCIÓN **san borondón**

Volúmenes publicados:

POESÍA:

1. *Poesía canaria última. (Antología)*, realizada por Lázaro Santana y Eugenio Padorno. 2. Manuel González Sosa: *Sonetos andariegos.* 3. Lázaro Santana: *La Puntilla. (Poema).* 4. Arturo Maccanti: *En el tiempo que falta de aquí al día.* 5. Pedro Perdomo Acedo: *Volver es resucitar.* 6. Carlos Eduardo Pinto Trujillo: *Desde el silencio.* 7. José Caballero Millares: *Punto nuevo.* 8. Antonio Murciano: *Fe de Vida.* 9. Josefina de la Torre: *Marzo incompleto.* 10. *Diez Poemas Checoslovacos*, traducidos por Felipe Baeza Betancort. 11. Agustín Millares Carlo: *Poemario.* 12. *50 Poemas Ingleses*, traducidos por Felipe Baeza Betancort. 13. Manuel Alvar: *En Indias peregrino.*

ENSAYO:

1. Felipe Baeza Betancort: *La amada más distante. Ensayo sobre* La voz a ti debida *de Pedro Salinas.* 2. Juan Rodríguez Doreste: *Raíz y estilo del alma canaria.* 3. Miguel de Unamuno y Alonso Quesada: *Epistolario.* Prólogo y notas de Lázaro Santana.

NARRACIÓN:

1. Pedro Lezcano: *Cuentos sin geografía y otras narraciones.*

EDICIONES *EL MUSEO CANARIO*